

# CENTRO DE COPIADO DE HUMANIDADES.

Carrera FILOSOFIA  
Cátedra Introducción Fi. 01-22

Código: 22  
Descripción

Autor: Hume  
Libro: Del conocimiento (B.S. Aguilar 1956)  
Capítulos: Primera Parte

Copias: 9 Monto: \$

Original revisado y aprobado por el docente..... Arten. Alvarés.....  
cargo titular..... quien firma en conformidad con el estado del  
original.  
[Firma]

## CENTRO DE ESTUDIANTES DE HUMANIDADES

CONDUCCION: FRENTE 20 DE DICIEMBRE  
(ATUEL- Confluencia-<sup>La</sup> Corriente)

aut. 69 DEL CONOCIMIENTO \*

PRIMERA PARTE

DE LAS IDEAS: SU ORIGEN, COMPOSICIÓN,  
CONEXIÓN, ABSTRACCIÓN

SECCIÓN I. - *Del origen de nuestras ideas*

Todas las percepciones de la mente humana se reducen a dos tipos diferentes, que llamaré *impresiones e ideas*. La diferencia entre ellas estriba en los grados de fuerza y vivacidad con que hieren el espíritu y se abren paso en nuestro pensamiento y consciencia. A aquellas percepciones que penetran con más fuerza y violencia podemos llamarlas *impresiones*; y bajo este nombre comprendo todas nuestras sensaciones, pasiones y emociones según hacen su primera aparición en el alma. Por *ideas* entiendo las imágenes débiles de éstas en el pensamiento y el razonamiento; tal como, por ejemplo, son todas las percepciones provocadas por el presente discurso, con excepción solamente de aquellas que proceden de la vista y el tacto, y con excepción del placer o desasosiego inmediatos que puedan ocasio-

\* Todo lo que sigue pertenece al libro I del Tratado de la naturaleza humana, o *Del conocimiento*, aligerado de sus pasajes no esenciales.

HUME, D. Del conocimiento. Bs. As.  
Aguilar 1956

nar. Creo que no será necesario emplear muchas palabras para explicar esta distinción. Cada uno por sí podrá percibir en seguida la diferencia entre sentimiento y pensamiento. Los grados comunes de éstos son fácilmente distinguibles, a pesar de que en casos particulares puedan aproximarse muy estrechamente uno al otro. Así en el sueño, en una fiebre, en la locura o en algunas emociones violentas del alma, nuestras ideas pueden aproximarse a nuestras impresiones, como a veces ocurre que nuestras impresiones son tan débiles que no podemos distinguir las de nuestras ideas. A pesar de esta proximidad en algunos casos, en general son tan diferentes que nadie puede tener escrúpulos para considerarlas bajo dos títulos distintos, y asignar a cada una un nombre peculiar con el fin de señalar la diferencia.

Hay otra división de nuestras percepciones, que será conveniente observar, y que comprende nuestras impresiones e ideas. Esta división las considera como SIMPLES Y COMPLEJAS. Percepciones o impresiones e ideas simples son las que no admiten distinción ni separación. Las complejas son lo contrario de éstas: pueden ser distinguidas en partes. Aunque un color, sabor y olor particulares son cualidades reunidas todas en esta manzana, es fácil percibir que no son lo mismo, sino que son, al menos, distinguibles cada una de la otra.

Habiendo dado, por medio de estas divisiones, una disposición ordenada a nuestros objetos, podemos ahora dedicarnos a la consideración más exacta de sus cualidades y relaciones.

La primera circunstancia que me llama la atención es la gran semejanza entre nuestras impresiones e ideas en cualquiera de sus aspectos, con excepción del grado de

Contra-  
partes  
de las

fuerza y vivacidad. Las unas parecen ser de alguna manera el reflejo de las otras, de modo que todas las percepciones del espíritu son dobles y se presentan, simultáneamente, como impresiones e ideas.

Cuando entorno los ojos y pienso en mi habitación, las ideas que formo son representaciones exactas de las impresiones que he recibido, y no hay ninguna circunstancia en la una que no se encuentre en la otra. Revisando mis otras percepciones, descubro el mismo parecido y la misma representación. Ideas e impresiones aparecen siempre en correspondencia unas con otras. Esta característica me parece importante, y atrae mi atención un momento.

Después de una consideración más detenida, encuentro que he sido llevado demasiado lejos por el primer aspecto, y que debo hacer uso de la distinción de las percepciones en "simples y complejas" para limitar esta apreciación general de que "todas nuestras ideas e impresiones se parecen". Observo que muchas de nuestras ideas complejas no tienen jamás impresiones que les correspondan, y que muchas de nuestras impresiones complejas jamás son exactamente copiadas por las ideas. Puedo imaginarme una ciudad como la Nueva Jerusalén, cuyo pavimento es dorado y los muros de rubíes, aunque jamás haya visto algo parecido. He visto París, pero ¿afirmaré que puedo formar una idea de aquella ciudad que represente a la perfección todas sus calles y casas en sus proporciones justas y reales?

Percibo, por tanto, que, a pesar de que existe, en general, una gran semejanza entre nuestras impresiones e ideas "complejas", no es exactamente sin embargo, verdadera la regla de que son copias exactas unas de otras. Podemos a continuación considerar el caso que se refiere a nuestras

Porque  
com  
C

*Percep. simples*  
percepciones simples [...]. Aquella idea de rojo que formamos en la obscuridad, y la impresión (rojo) que hiere nuestros ojos a la luz del sol, difieren solamente en grado, no en naturaleza. Qué ocurre lo mismo con nuestras impresiones e ideas simples, es algo que es imposible probar mediante una enumeración particular de cada una de ellas; todos pueden satisfacerse en este punto repasando tantas como les agrade. Pero si alguna negara esta semejanza universal, no conozco otro modo de convencerle sino rogándole que muestre una impresión simple, que no tenga una idea correspondiente, o una idea simple que no tenga una impresión correspondiente. Si no contesta a este desafío, como es cierto que no lo hará, podemos, por su silencio y por nuestra propia observación, establecer nuestra conclusión. De este modo, hallamos que todas las ideas e impresiones simples se parecen unas a otras; y puesto que las complejas están formadas de ellas, podemos afirmar, en general, que estas dos especies de percepciones son exactamente correspondientes. Una vez descubierta esta relación, que no requiere un ulterior examen, tengo curiosidad por encontrar alguna otra de sus cualidades.

*Existen*  
 Consideremos lo referente a su existencia; cuáles de las impresiones e ideas son causas, y cuáles efectos.

*es de*  
 El examen completo de esta cuestión es el tema del presente tratado\* y, por tanto, nos contentaremos aquí con establecer la proposición general:

*es de*  
"Todas nuestras ideas simples en su primera aparición se derivan de impresiones simples que les corresponden y representan exactamente".

\* Se refiere a todo el *Tratado de la naturaleza humana* (N. del T.)

Al tratar de buscar algunos fenómenos para probar esta proposición, los encuentro únicamente de dos tipos; pero en los dos casos los fenómenos son evidentes, numerosos y decisivos.

Primero me convenzo de ello por una nueva revisión de lo que ya he demostrado: que a toda impresión simple, acompaña una idea, y a toda idea simple una impresión correspondiente. De esta unión constante de percepciones semejantes concluyo inmediatamente que existe una gran conexión entre nuestras ideas e impresiones correspondientes, y que la existencia de las unas tiene considerable influencia sobre la de las otras. Una tal relación constante, en un infinito numeroso de casos, no puede nunca proceder del azar, sino que demuestra claramente que las impresiones dependen de las ideas o las ideas de las impresiones. Para que pueda saber de qué lado se halla esta dependencia, considero el orden de su primera aparición y hallo, por la experiencia constante, que las impresiones simples son siempre anteriores a sus correspondientes ideas y no aparecen nunca en el orden contrario. Para dar a un niño la idea de escarlata o naranja, dulce o amargo, presento los objetos, o, en otras palabras, le comunico estas impresiones. Pero no procedo de una manera tan absurda que trate de producir las impresiones excitando las ideas. Nuestras ideas no producen en su aparición sus correspondientes impresiones; tampoco percibimos ningún color ni sentimos ninguna sensación tan sólo pensando en ellas. Por otra parte, hallamos que toda impresión, sea del espíritu o del cuerpo, aparece constantemente seguida por una idea que se asemeja a ella, y que únicamente difiere en los grados de fuerza y vivacidad. La constante conexión de nuestras percepciones semejantes es

una prueba convincente de que las unas son causas de las otras; y esta prioridad de las impresiones es igualmente una prueba de que muchas impresiones son las causas de muchas ideas, no nuestras ideas de nuestras impresiones.

Para confirmar esto, considero otro fenómeno simple y evidente, a saber, que donde hay algún accidente las facultades que ocasionan algunas impresiones son interrumpidas en sus operaciones, por ejemplo, cuando se nace ciego o sordo no solamente se pierden las impresiones, sino, además, sus correspondientes ideas de tal modo que no aparece nunca en el espíritu la más mínima huella de ellas.

No sólo esto es cierto cuando los órganos de la sensación están completamente destruídos, sino de igual modo cuando nunca han sido puestos en acción para producir una impresión particular.

No podemos formarnos una idea exacta del sabor de una piña sin haberla probado.

Existe, sin embargo, un fenómeno contradictorio que demuestra que no es absolutamente imposible para las ideas proceder a sus impresiones correspondientes. Creo que se admitirá fácilmente que las diversas ideas distintas de los colores que penetran por el ojo, o las de los sonidos que penetran por el oído, son realmente diferentes, aunque, al mismo tiempo, se asemejan las unas a las otras. Ahora bien, si eso es cierto de los distintos colores, no lo debe ser menos de los distintos matices del mismo color, a saber: que cada uno de ellos produce una idea distinta e independiente de las demás. Porque si esto se niega, es imposible, por la continua gradación de los matices, pasar insensiblemente de un color al que le está más alejado; y si no se admite

que ninguno de los términos medios es diferente, no se puede negar, sin que sea un absurdo, que los extremos sean los mismos. Supongamos, por tanto, que una persona haya disfrutado de su vista durante treinta años y se haya acostumbrado a todo tipo de color, excepto un matiz particular del azul, por ejemplo, que nunca ha tenido la suerte de encontrar. Colóquense todos los diferentes matices de color, excepto este único, delante de él, descendiendo gradualmente del más oscuro al más claro; es evidente que la persona percibirá un vacío donde falta este matiz, y se dará cuenta de que hay una mayor distancia en este punto entre los dos colores antiguos que en algún otro.

Ahora pregunto, ¿es imposible para él suplir con su propia imaginación esta diferencia, y concebir él mismo las ideas de este particular matiz, a pesar de que jamás le haya sido comunicado por sus sentidos?

Creo que pocos serán de la opinión de que no sea capaz, y esto puede servir como prueba de que las ideas simples no se derivan siempre de las impresiones correspondientes; aunque ese ejemplo es tan particular y extraordinario que es apenas digno de nuestra observación, y no merece que cambiemos por él sólo nuestras demostraciones.

Aparte de esta excepción, no será inoportuno anotar en este punto que el principio de la prioridad de las impresiones sobre las ideas debe entenderse con otra limitación, a saber: como nuestras ideas son imágenes de nuestras impresiones, podemos formar ideas secundarias que son imágenes de las primarias, como se deduce de este razonamiento. Eso no es, propiamente hablando, una excepción a la regla, sino, más bien, una explicación de ella. Las ideas producen sus propias imágenes en otras nuevas ideas; pero

como se supone que las primeras ideas se derivan de impresiones, todavía permanece como cierto que todas nuestras ideas simples proceden ya mediata o inmediatamente de sus impresiones correspondientes.

Este es, pues, el primer principio que establezco en la ciencia de la naturaleza humana, y no debemos despreciarlo por la sencillez de su apariencia. Porque es notable que la presente cuestión referente a la procedencia de nuestras impresiones o ideas es la misma que ha hecho tanto ruido, en otros términos, cuando se disputaba si existen ideas innatas o si todas las ideas eran derivadas de la sensación y reflexión. Podemos observar que, para probar que las ideas de extensión y color no son innatas, los filósofos no hacen otra cosa que mostrar que se nos dan por los sentidos. Para probar que las ideas de pasión y deseo no son innatas, observan que tenemos una experiencia anterior a estas emociones. Ahora bien, si examinamos cuidadosamente estos argumentos, hallaremos que demuestran, efectivamente, que a las ideas preceden otras percepciones más vivaces de las que se derivan y que representan. Espero que esta clara exposición de la cuestión alejará todas las disputas acerca de ella, y volverá este principio, para nuestro razonamiento, más provechoso de lo que parece haberlo sido hasta ahora.

## SECCIÓN II. — División del tema

Puesto que ha quedado de manifiesto y desde ahora es ya claro que nuestras impresiones simples son anteriores a sus correspondientes ideas, y que las excepciones son muy raras, el método parece exigir que examinemos nuestras impresiones antes de considerar nuestras ideas. Las impresiones

pueden dividirse en dos clases: las de la *sensación* y las de la *reflexión*. La primera clase aparece, originalmente, en el alma por causas desconocidas. La segunda se deriva, en gran parte, de nuestras ideas, y en el siguiente orden: la impresión excita primero nuestros sentidos y nos hace percibir el calor o el frío, la sed o el hambre, el placer o la pena de una u otra clase. De esta impresión hay una copia tomada por el espíritu, que permanece después que cesa la impresión; y a eso llamamos una idea. Esta idea de placer o pena, cuando vuelve al alma, produce las mismas impresiones de deseo y aversión, esperanza y miedo, que se pueden llamar propiamente impresiones de reflexión, porque se derivan de ella. Estas son de nuevo copiadas por la memoria y la imaginación y se transforman en ideas, que dan, quizás, a su vez, origen a otras impresiones e ideas. De modo que las impresiones de reflexión son solamente precedentes a sus correspondientes ideas, pero posteriores a las de sensación y derivadas de ellas. El examen de nuestras sensaciones pertenece más bien a los anatomistas y filósofos de la naturaleza que a la moral; por tanto, no entraremos en él en el presente. Puesto que las impresiones de reflexión — a saber: las pasiones, deseos y emociones, que principalmente merecen nuestra atención — surgen, en su mayor parte, de ideas, será necesario invertir este método, que parece, a primera vista, más natural; y para explicar la naturaleza y los principios del espíritu humano, debemos considerar las ideas antes de pasar a las impresiones. Por esta razón, yo he preferido aquí empezar por las ideas.

SECCIÓN III. — De las ideas de la memoria e imaginación

Hallamos por la experiencia que, cuando una impresión ha estado presente en el espíritu, hace de nuevo su aparición como una idea; y esto puede ocurrir de dos maneras distintas: o cuando en su nueva aparición conserva un grado considerable de su primitiva vivacidad, y entonces es algo intermedio entre una impresión o una idea, o cuando pierde completamente aquella vivacidad, y entonces es una idea. La facultad por medio de la cual reproducimos nuestras impresiones, según el primer modo, es llamada MEMORIA, y la otra IMAGINACIÓN. Es evidente, a primera vista, que las ideas de la memoria son mucho más vivas y firmes que las de la imaginación, y que la primera facultad presenta sus objetos con más precisión que la última. Cuando recordamos un acontecimiento pasado, la idea fluye del espíritu de un modo vivaz; en cambio, en la imaginación la percepción es débil y lánguida y no puede, sin dificultad, ser mantenida por el espíritu invariable y uniforme, durante algún tiempo. Luego aquí hay una diferencia sensible entre una y otra especie de ideas.

Hay otra diferencia entre estos dos géneros de ideas, que no es menos evidente, a saber: aunque ni las ideas de la memoria ni las de la imaginación ni las ideas vivaces ni débiles pueden hacer su aparición en el espíritu, al menos que sus correspondientes impresiones les hayan precedido para preparar el camino de aquéllas, la imaginación no sigue el mismo orden y forma que las impresiones originales; en cambio, la memoria está limitada en este respecto, sin poder alguno de variación.

Es evidente que la memoria conserva la forma original

en que sus objetos fueron presentados, y que siempre que nos separamos de ella al recordar algo procede de algún defecto o imperfección de aquella facultad. [...]. La función capital de la memoria no es conservar las ideas simples, sino su orden y posición. En resumen: este principio está fundamentado en un número de fenómenos tan comunes que podemos evitarnos la molestia de insistir más sobre él.

La misma evidencia descubrimos en nuestro segundo principio sobre la libertad de la imaginación para alterar y cambiar las ideas. Las fábulas que encontramos en los poemas y romances ponen esto enteramente fuera de cuestión. La naturaleza está totalmente desvirtuada, y nada se menciona sino caballos alados, fieros dragones y gigantes monstruosos. Esta libertad de la fantasía no parece extraña cuando consideramos que todas nuestras ideas están copiadas de nuestras impresiones, y que no hay dos impresiones que sean perfectamente inseparables. No hace falta decir que esto es una consecuencia evidente de la división de las ideas en simples y compuestas. Siempre que la imaginación percibe una diferencia entre ideas, puede fácilmente producir una separación.

SECCIÓN IV. — De la conexión o asociación de ideas

Como todas las ideas simples pueden ser separadas por la imaginación y ser unidas de nuevo en la forma que le plazca, nada sería más inexplicable que las operaciones de esta facultad, si no estuviese guiada por algunos principios universales que la hagan, de algún modo, uniforme con ella misma en todos los tiempos y lugares. Si las ideas estuviesen enteramente separadas y sin conexión, so-

lamente la casualidad las uniría; y es imposible que las mismas ideas simples formaran regularmente otras ideas complejas (como sucede comúnmente) sin algún lazo de unión entre ellas, alguna cualidad asociativa, por medio de la cual una idea hace surgir naturalmente la otra. Este principio unificador entre las ideas no puede ser considerado como una conexión inseparable; ya que esto ha sido excluido por la imaginación. Tampoco debemos concluir que sin ésta el espíritu pueda unir dos ideas; pues nada hay más libre que esta facultad, sino sólo hemos de considerarlo como una fuerza dócil, que prevalece comúnmente y es la causa por la que, entre otras cosas, los idiomas se corresponden tan aproximadamente unos con otros. La naturaleza, de alguna manera, señala a cada una de las ideas simples, cuáles son más propias para unirse en una idea compleja. Las cualidades, de las que procede esta asociación, y por las que el espíritu es según esta manera conducido de una a otra idea, son tres, a saber: “semejanza, contigüidad en tiempo o lugar, y causa y efecto”.

Creo que no será necesario probar que las cualidades producen una asociación entre las ideas, y que la aparición de una idea hace surgir naturalmente otra. Es evidente que en el transcurso de nuestro pensamiento, y en la constante revolución de nuestras ideas, nuestra imaginación pasa fácilmente de una a otra idea que se le “asemeja”, y que esta simple cualidad es para la fantasía un lazo suficiente de asociación. Es, además, evidente que como los sentidos, al cambiar sus objetos, están obligados a cambiarlos regularmente y a tomarlos como se dan, “contiguos” uno a otro, la imaginación debe, por la larga costumbre,

Semej.

Contig.

adquirir el mismo método de pensar y recorrer las partes del espacio y del tiempo al concebir sus objetos. En cuanto a la conexión, que está formada por la relación de “causa y efecto”, tendremos ocasión más tarde de examinarla; por tanto, no insistiremos más sobre ella. Es suficiente observar que no hay relación que produzca una conexión más segura en la fantasía, y haga que una idea sugiera más fácilmente a otra la relación de causa y efecto entre sus objetos.

Para poder comprender el alcance de estas relaciones, debemos considerar que dos objetos están conectados siempre en la imaginación, no ya cuando uno es semejante inmediatamente, contiguo o causa del otro, sino también cuando aparece interpuesto entre ellos un tercer objeto, que guarda con los dos alguna de estas relaciones. Esto puede ser válido en una gran variedad de casos, aunque, al mismo tiempo, podemos observar que cada grado debilita considerablemente la relación [...].

De las tres relaciones arriba mencionadas, la de la causalidad es la más extensa. Dos objetos pueden ser considerados como insertos en esta relación, bien cuando uno es la causa de alguna de las acciones o movimientos del otro, bien cuando el primero es la causa de la existencia del último. Ya que esta acción o movimiento no es sino el propio objeto, considerado desde un cierto punto de vista, y como el objeto continúa él mismo en todas sus diferentes situaciones, es fácil imaginar cómo una influencia de unos objetos sobre otros puede conexionarlos en la imaginación.

Todavía podemos llevar más lejos la cuestión, y señalar, no sólo que dos objetos están unidos por la relación de causa y efecto, cuando uno produce un movimiento o una

una  
causa  
de 2<sup>da</sup>  
fuerza

acción en el otro, sino también cuando tiene el poder de producirlo. Podemos observar que éste es el origen de todas las relaciones de interés y deber, por la que los hombres se influncian mutuamente en sociedad y están sujetos a los vínculos del gobierno y la subordinación [...].

Éstos son, por tanto, los principios de unión o cohesión entre nuestras ideas simples, y en la imaginación ocupan el lugar de la conexión inseparable, por los que se unen en nuestra memoria [...].

#### SECCIÓN V. — De las relaciones

La palabra RELACIÓN se usa generalmente en dos sentidos muy diferentes: bien por la cualidad por la que dos ideas se hallan relacionadas normalmente en la imaginación y una introduce naturalmente la otra, según ya se ha explicado; bien por la especial circunstancia en la que, a pesar de la misión arbitraria de dos ideas en la fantasía, consideramos conveniente compararlas. En el lenguaje corriente esto último permite explicar el sentido en el que usamos la palabra relación; y sólo en filosofía lo ampliamos para significar un sujeto particular de comparación, sin un principio de unión. De este modo los filósofos admiten que la distancia es una relación verdadera, porque adquirimos una idea de ella comparando objetos: pero de manera general decimos, *que nada puede ser más distante que tales y tales cosas entre sí, nada puede tener menos relación como si la distancia y la relación fuesen incompatibles.*

Quizás se pueda considerar como una labor sin fin enumerar todas estas cualidades, que permiten que los obje-

tos admitan una comparación, y por las que se producen las ideas de la relación filosófica. Pero si las estudiamos con cuidado, hallaremos que pueden ser comprendidas bajo siete títulos generales, considerados como orígenes de todas las relaciones filosóficas [...].

1º) El primero es LA SEMEJANZA; y ésta es una relación sin la cual ninguna relación filosófica puede existir, porque ningún objeto admite una comparación, a menos que tenga con otro algún grado de semejanza. Pero aunque la semejanza sea necesaria para toda relación filosófica, no se produce sólo con ella siempre una conexión o asociación de ideas. Cuando una cualidad se hace muy general, y es común a muchos individuos, no dirige la inteligencia directamente hacia cada uno de ellos, sino que, presentando al mismo tiempo un gran número de ellos, impide de ese modo que la imaginación se fije sólo en un objeto.

2º) LA IDENTIDAD puede ser considerada como una segunda forma de relación. Considero aquí esta relación como aplicada, en su sentido más estricto, a objetos constantes e inmutables; sin examinar la naturaleza y el origen de la identidad personal [...].

De todas las relaciones, la más universal es la de la identidad, siendo común a todo ser cuya existencia tiene alguna duración.

3º) Después de la identidad, las relaciones más universales y comprensivas son la de ESPACIO Y TIEMPO, orígenes de un número infinito de comparaciones, tales como *distante, contiguo, arriba, abajo, delante, detrás, etc.*

4º) Todos los objetos que admiten CANTIDAD O NÚMERO pueden ser comparados en este respecto, lo cual es otro origen fecundo de la relación.



5º) Cuando dos objetos poseen la misma cualidad, los grados en que la poseen forman una quinta especie de relación. Así, de dos objetos que son ambos pesados, uno puede tener un peso mayor o menor que el otro. Dos colores que son del mismo género pueden, sin embargo, ser de diferentes matices y admitir la comparación en este punto.

6º) La relación de la OPOSICIÓN puede, a primera vista, ser considerada como una excepción a la regla de que ninguna relación de cualquier especie puede subsistir sin algún grado de semejanza; pero consideremos que jamás dos ideas son en sí mismas contrarias, excepto las de existencia y no existencia que se asemejan aún claramente, pero significan ambas una idea del objeto, a pesar de que la última excluye el objeto de todos los tiempos y lugares en que se supone que no existe.

7º) Todos los restantes objetos, tales como fuego y agua, calor y frío, son considerados como contrarios por la experiencia y por la oposición de sus causas o efectos. Esta relación de causa y efecto es una séptima relación filosófica tanto como una relación natural. La semejanza implícada en esta relación será explicada más adelante. Se puede suponer, naturalmente, que debería añadir la relación de LA DIFERENCIA a las otras relaciones; pero la considero más bien como una negación de la relación que como algo real o positivo. La diferencia es de dos especies, opuesta a la identidad o a la semejanza. La primera es llamada diferencia de número y la otra diferencia de género.

## SECCIÓN VI. — De los modos y sustancias

Desearía preguntar a los filósofos, que encuentran tanta materia para sus razonamientos acerca de la distinción de sustancia y accidente, y que imaginan que tenemos ideas claras de ello, si la idea de sustancia se deriva de las impresiones, de la sensación o de la reflexión. Si nos es transmitida por medio de nuestros sentidos, pregunto, ¿por cuál de ellos, y de qué manera? Si es percibido por los ojos, tiene que ser un color; si por los oídos, un sonido; si por el paladar, un sabor, e igual sucedería con los otros sentidos. Creo, sin embargo, que nadie afirmará que la sustancia es un color, un sonido, un sabor. La idea de sustancia debe, por consiguiente, derivarse de una impresión de reflexión, si realmente existe. Pero las impresiones de reflexión se transforman en nosotros en pasiones y emociones, ninguna de las cuales puede, posiblemente, representar una sustancia. Por eso no tenemos una idea de sustancia distinta de la de una colección de cualidades particulares, y no nos referimos a otra cosa cuando hablamos o razonamos acerca de ella.

La idea de una sustancia, lo mismo que la de un modo, <sup>del d</sup> no es otra cosa que un conjunto de ideas simples unidas por la imaginación, y que se designan con un mismo nombre, por medio del cual nos es posible recordar ese conjunto. Pero la diferencia entre estas ideas consiste en que las cualidades particulares, que forman una sustancia, se refieren, generalmente, a algo desconocido, al que se supone son inherentes; o, pensando que esta ficción no se realiza, se supone que están, por lo menos, estrecha e